

Ruperto y los extraterrestres

Roy Berocay

loqueleg

El arroyo Solís Chico es un lugar pacífico la mayor parte del año. Durante el otoño, el invierno y la primavera, los bichos que viven en él o en sus orillas —es decir los peces, los cangrejos, los sapos, las ranas, los hipopótamos y todos los demás— viven tranquilos y hacen sus vidas sin que nadie los moleste.

Bueno, no todos: a los hipopótamos les resulta difícil vivir en paz porque no hay ninguno. ¿Qué creían, que el arroyo queda en África acaso?

Pero cuando llega el verano la cosa cambia muchísimo. De pronto, junto con el calor aparece un montón de personas con autos, carpas, parrillas, veintitrés kilos de chorizos, repelente para mosquitos, lentes de sol, toallas, chancletas, abuelas viejas y gruñonas; y claro, también un montón de niños de ciudad. Niños que no están acostumbrados a ver bichos.

—¡Mirá, mamá, un cangrejo! —exclama de pronto una dulce niñita.

—No tengas miedo —le dice la mamá—, no hacen nada.

—¡Mátalo, mamá, mátalo! —grita entonces la dulce niña; y el cangrejo tiene que correr por su vida, o por la bajada, para salvarse de una lluvia de zapatillazos que la tierna madre le tira para defender a su pobre e inocente niña.

10 Y eso no es nada. Todos saben que los niños aman a los sapos. Les encanta jugar con ellos, agarrarlos, ponerlos en baldes, obligarlos a jugar carreras de sapos. Pero el verano trae también algunos niños a los que les gusta jugar al fútbol con los sapos.

Eso no tendría nada de malo: los sapos adoran jugar al fútbol. Lo que no les gusta tanto es cuando algún niño decide usarlos como pelota.

Entonces, los sapos también tienen que correr por su vida (o por la misma bajada que el cangrejo) y refugiarse entre los yuyos, hasta que las adorables criaturas deciden perseguir a los pájaros, las lagartijas o simplemente divertirse tirándoles piedras a otros niños.

—¡El verano apesta! —se quejaba más tarde el cangrejo saliendo del agua.

—¡El cangrejo apesta! —se quejaba un sapo, ya que ese cangrejo en particular no se bañaba nunca.

—No seas bobo —le decía el cangrejo, enojado—. Lo que quiero decir es que tenemos que

hacer algo, los niños del verano no respetan a los animales.

El sapo, que todavía estaba nervioso y miraba para todos lados por miedo a convertirse en tiro libre al ángulo, pensaba que el cangrejo apestoso tenía razón. Había que hacer algo. ¿Pero qué?

Y claro, cuando los bichos del arroyo tenían un problema, ¿qué hacían? ¿Se quejaban con la maestra? No. ¿Hacían la denuncia a la Jefatura Policial de Sapos? Tampoco, porque no había Jefatura Policial de Sapos.

¿Y entonces?

Bueno, si no podían hacer nada, esta historia terminaba acá y listo.

...

...

¡Un momento! ¡La historia no puede terminar acá porque recién empieza! Además, la gente va a decir que esto es una estafa, que le devuelvan la guita, el dinero, el *money*, porque la historia se terminó antes de empezar.

¿Y entonces?

Está bien, los bichos del arroyo, cuando tenían un problema llamaban al súper crack de los batracios, el recontra promocionado número uno, el sapo más votado en las elecciones para sapos geniales.

Lo siento, no nos estamos refiriendo a Saltoncito sino a otro sapo, uno que es detective, medio gordito, con cara de gil y que usa una gabardina amarilla y un sombrero. O sea... (*música de película*): eeeeeeeeeeeeeel saaaaaaaaapo Roberto. Perdón, Ruperto.

12

Para quienes ya lo conocen, el sapo Ruperto es el batracio investigador más famoso del arroyo Solís Chico, el mismo que ha resuelto ya un montón de casos impresionantes. Un sapo que habita en una cueva-oficina y gusta mucho del peligro, sobre todo cuando está bien lejos.

Para quienes no lo conocen, el sapo Ruperto es el batracio investigador más famoso del arroyo Solís Chico, el mismo que ha resuelto ya un montón de casos impresionantes. Un sapo que habita en una cueva-oficina y que gusta mucho del peligro, sobre todo cuando está bien lejos.

Así que allá fueron, el cangrejo apestoso y el sapo miedoso, en busca del líder, el gurú, el único que podía ayudarlos.

—¡Ruperto! —gritaron parados fuera de la cueva.

—¡Ruperto! —gritaron más fuerte.

¡RUPEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEE-
EE-
EEERTO!

Y recién entonces se abrió una rendija en la puerta de la cueva. Porque hay que decirlo: Ruperto era el único sapo del mundo que tenía una cueva con puerta.

—¿Qué les pasa? ¿Es que ya no se puede dormir la siesta en este arroyo? —preguntó desde adentro Ruperto, sin asomarse.

—Pero son las diez de la mañana —explicó el cangrejo apestoso—. La siesta se duerme de tarde.

La puerta se cerró de golpe. A Ruperto le daba mucha rabia que le vinieran con bobadas. ¿Acaso había una ley que prohibía dormir la siesta de mañana? No, señor, si él quería dormir la siesta de mañana la iba a dormir y chau.

Se acostó encima de su cama hecha con gomas de borrar y cerró los ojos.

—¡Rupeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeerto!

Otra vez de nuevo —como decía un viejo general— Ruperto se arrastró hasta la puerta y la abrió, esta vez del todo. El cangrejo apestoso se mató de la risa, porque Ruperto había olvidado vestirse.

—¡Estás desnudo! —rió el cangrejo.

Entonces Ruperto, tapándose con una mano, fue hasta su cuarto, se puso el sombrero y volvió.

—¡Ahora sí! —exclamó contento el cangrejo.

Ruperto bostezó y estiró los brazos. Después se rascó una nalga.

—Bueno. ¿Me van a decir qué quieren a esta hora de la madrugada?

El sapo miedoso y el cangrejo apestoso le explicaron entonces que había unos niños, tres para ser exactos, que andaban por ahí pateando bichos, tirando piedras y escribiendo con faltas de ortografía.

14 Ruperto no lo podía creer. ¡Niños que escriben con faltas de ortografía! ¡Eso era terrible!

Les prometió a sus amigos que más tarde, después de almorzar, se daría una vueltita para investigar. Que se quedaran tranquilos y que sólo les iba a cobrar la tarifa especial de verano, que era dos moscas y un cascarudo por hora.

Pero varias horas después, ya cansado de dar vueltas por la orilla y por el bosque sin encontrar a esos tres terribles niños malhechores, decidió volver a su cueva.

El sol acababa de ponerse en el horizonte. Menos mal, porque si se hubiese puesto encima del mundo lo habría hecho pomada. Eso era algo que intrigaba a Ruperto. ¿Dónde iba el sol durante la noche? ¿Se hundía en el mar, acaso? ¿Se desinflaba como un enorme globo de fuego? ¿Y cómo hacía después para salir justo por el otro lado?

Ruperto pensaba que el sol estaba de vivo.

Pero ahora era de noche y Ruperto caminaba solito por el bosque al lado del arroyo. Ni cuenta se dio de que unas sombras se movían silenciosamente en la orilla, allí, muy cerca.

Las sombras movían sus brazos mientras unos puntos de luz se dibujaban en el pizarrón nocturno.

Para ustedes, que son medio lentos del coco y no entienden las frases geniales, pizarrón nocturno quiere decir la noche y nada más que eso. No quería decir que alguien, una maestra chiflada, había decidido dar clase en la orilla ni nada de eso. ¡Y dejen de tirar papelitos, ahí en el fondo!

Lo que Ruperto no vio sería motivo para una nueva visita, la mañana siguiente, de sus amigos el cangrejo apestoso y el sapo miedoso.

Porque ellos sí habían visto las sombras y habían descubierto algo increíble, algo impresionante, algo fantástico, algo que merecía muchos adjetivos más.

¿Qué sería?

Si quieren saber, van a tener que seguir leyendo, ¡manga de vagos!